
PUERTA LATERAL DE SAN FRANCISCO.

Para que no se engañen los lectores que no son mexicanos, debemos decirles que en San Francisco, además de la iglesia principal había otras varias capillas, fabricadas en el patio del templo. Se entraba al patio por dos puertas; la una al N. en la calle de San Francisco, la otra al O. en la de San Juan de Le-trán. La iglesia principal no estaba aislada; su entrada miraba al O., y por la banda del N. tenía añadidas dos capillas, una de las cuales se llamaba de Nuestra Señora de Balvanera. La puerta representada por la estampa es la de esta capilla, mira al N.; no es exterior, sino que se descubre de dentro del patio; se tiene frente á frente al tomar el atrio por la entrada de la calle de San Francisco.

La pared de la capilla está construída de tezontli, piedra po-rosa, ligera y fuerte, producto de los volcanes del Valle; los adornos de la puerta, de cantería, especie de arenisca, dócil para trabajarse.

No hay que buscar en la construcción de la obra que nos ocu-pa las reglas arquitectónicas, ni querer juzgar de ella aplicándo-le rigurosamente las reglas de Vitruvio ó de Vignolas; esto se-ría engañarse, perder el verdadero punto de vista: el juicio ha de hacerse por la impresión que se recibe, por el gusto que re-sulta de contemplar el conjunto: se ha de sentir, no se ha de ra-

ciocinar; el corazón y no la cabeza debe ser el juez en este caso. Llamadle como queráis, ignorancia ó imaginación, lo cierto es que nuestros artistas en todos géneros, tan separados del resto de la humanidad como lo estaba la colonia, carecían de enseñanza práctica, les faltaban los modelos, y entregados á sus propias fuerzas, tenían que gastar los recursos de su propio caudal. No eran del todo originales, supuesto que seguían, aunque de muy lejos, el impulso de los conocimientos españoles, y consultaban los pocos libros que podían haber á las manos; pero como carecían de un gusto depurado, y estaban dotados del instinto de lo bello, se echaban de buena gana por el camino de lo ideal, produciendo á veces obras extravagantes, y á veces sublimes y hermosas. Posible es que nuestros arquitectos de entonces hubieran reconocido en el Partenón el tipo de la perfección para un edificio; lo que dudo es, que siendo el rumbo que habían adoptado, sus formas severas y desnudas les hubieran complacido, y no aspiraran á cubrirlas con los dibujos caprichosos que cautivaban su atención. Por eso creo que el estilo churrigüesco tuvo tanta boga en la colonia.

Con pocas excepciones, puede asegurarse que en los dos siglos pasados no se hicieron obras arquitectónicas de importancia, si no fueron las iglesias: aquí fué donde lucieron su ingenio nuestros arquitectos; principalmente por ellas debe juzgárseles. En la generalidad buscaban más la solidez que la elegancia. El interior, sencillo y casi destituido de adorno, lo dejaban para que el entallador lo cubriera de inmensos altares de madera dorada, en que sobre una andamiada de columnas y tímpanos (permítaseme la frase), campeaban profusamente cornisas y frisos, volutas, hojas y ramas, frutos, ángeles, serafines, figuras fantásticas, y en los nichos las imágenes de los santos. El exterior pertenecía al arquitecto, quien sobre la fachada hacía su obra de decoración, á semejanza de la del interior, usando para ello de la piedra. Los decoradores de hoy recurrirían al estuco; la labor sería más fina, pero menos duradera y de menor mérito. Relieves de cantería, que deben llamar tanto más la atención, cuanto

que no los produjo el cincel del estatuario, sino el humilde pico del cantero. La puerta de San Francisco es de esta clase.

Una obra semejante no puede ser descrita, es preciso mirarla, y la stampa es una perfecta semejanza del original. Sin embargo, diremos algunas palabras. Comenzando por la parte superior, el escudo contenía las armas españolas, mandadas borrar de todos los edificios públicos, después de la independencia. El bajorelieve principal representa la impresión de las llagas á San Francisco, en el monte Alberne. Se ve la montaña con algunos árboles, y una iglesia en la cumbre: el santo, asombrado y atónito, está como suspendido en el aire, en la posición de un hombre que se derriba á impulso de los sentimientos que le agobian; Fray León, su compañero, vuelve el rostro á la tierra, como que no era llamado á participar del prodigio: en la parte de arriba, sostenido en el espacio, aparece el Señor enclavado en la cruz, en forma de querubín, con una ráfaga de luz en derredor: el cuadro no carece de mérito, pareciéndome lo mejor la figura del San Francisco. Debajo se encuentra la insignia de la Orden franciscana, dos brazos en forma de aspa, el uno desnudo, el otro con el hábito, teniendo en medio la cruz descansando sobre el mundo. La imagen de Nuestra Señora de Balvanera ocupa el nicho de sobre la entrada; y en la tarja inferior estuvieron las armas de los riojanos que mandaron construir la capilla. Siguiendo por el compartimiento á la izquierda del espectador, en el nicho de arriba, está la estatua de San Diego de Alcalá: en el medallón inferior, en relieve de medio cuerpo, Santa Clara; en los medallones pequeños de las pilastras, los seis primeros Apóstoles, comenzando por San Pedro, pues es de notar que estas pilastras tienen tres faces, y en cada una de ellas hay un apóstol: finalmente, San Buenaventura ocupa el último nicho de este lado. El derecho comienza en el nicho superior con la estatua de San Pascual Bailón: Santa Rosa de Viterbo ocupa el medallón; los otros seis apóstoles las caras de las pilastras, y el último nicho San Antonio de Padua, á cuya estatua falta la cabeza del niño, que el santo tiene en la mano. Los intervalos,

como ya hemos dicho, los llenan variados y caprichosos adornos, en general de buen gusto: el conjunto hace buena impresión, y si la obra no puede ser mirada como tipo de las de su clase, es al menos una de las bellezas con que México se enriquece.

La Santa Providencia tenga en su seno á nuestros pobres artistas, ya que vivieron hambrientos, y mordidos por la envidia murieron olvidados.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

LA ESTATUA DE CARLOS IV.

Bien merece el único monumento en bronce que se levantó durante la época virreinal, que le consagremos un capítulo en el que consignemos su historia ya escrita, pero olvidada de muchos.

Y lo merece, además, por ser una obra de arte que en su género, según el Barón de Humboldt, sólo es inferior á la estatua ecuestre de Marco Aurelio en Roma.

La idea de levantarla fué hija de la adulación de Branciforte para con el Rey Carlos IV; mas la forma y la ejecución, obra del genio y del talento artístico de D. Manuel Tolsa.

Para erigir el monumento en la plaza mayor, solicitó licencia de su soberano el virrey D. Miguel de la Grúa, con fecha 30 de Noviembre de 1795. Concedido el permiso, se puso manos á la obra bajo la dirección de D. Miguel Velázquez, encargándose del pedestal y de la estatua el mencionado D. Manuel Tolsa.

La mañana del 18 de Julio de 1796 se puso la primera piedra del monumento, entre las puertas principal y de la derecha del entonces Real Palacio, piedra que colocó el mismo virrey con gran ceremonia y acompañamiento de todos los tribunales, colocando en los cimientos un pequeño baúl de cristal, dentro de otro de plomo, que contenía también "las guías de forasteros de Madrid y México, una serie de monedas de todos metales de aquel año, y una certificación de este acto grabada en una lámina de cobre."

Continuóse trabajando en el monumento. Se levantó "el te-

rreno 1 m. 156 (4 y medio pies) formando una elipse con 113 m. 96 (136 varas) de eje mayor, y 95 m. 53 (114 varas) de eje menor, cercado de un muro de piedra con su balaustrado interrumpido por dados coronados con jarrones, el interior estaba empedrado y con cintas de losas. Dos banquetas, la una interior y la otra exterior, corrían por la circunferencia, rematando en los ejes de la elipse en que se encontraban cuatro grandes puertas de fierro; junto á ellas había garitones para los centinelas. Cuatro fuentes contrapuestas decoraban los espacios intermedios y en el centro se alzaba el pedestal con la estatua, formando un conjunto sorprendente." El pedestal medía 7 varas y media de altura, y la estatua cinco varas y media. Pero para el estreno se colocó provisionalmente una de madera y estuco dorado, que representaba á Carlos IV vestido á la heroica, con la diestra empuñando el cetro y ceñida la frente con una corona de laurel. (Antes de esta estatua provisional que se erigió por Branciforte, hubo otra también ecuestre y de madera, representando al mismo Carlos IV, la cual existió frente á la calle de la Moneda desde 1789, año en que fué proclamado en México aquel soberano, hasta 1792 en que se quitó. La hizo D. Santiago Sandoval, cacique indígena del barrio de Tlaltelolco).

Todo esto se concluyó el 8 de Diciembre de 1796, y se fijó para inaugurar el monumento el día siguiente, aniversario del santo de la reina María Luisa.

Fué aquel día memorable y lleno de regocijo para la noble ciudad de México, que en medio de las fiestas olvidaba su esclavitud.

Anuncióse la aurora del 9 con una salva de artillería, y pocos momentos después las calles de la ciudad se hallaban henchidas de gente, que se dirigía hacia la plaza y que había venido en gran parte de lejanas tierras, atraída por la curiosidad de contemplar la estatua, para aquellos tiempos una maravilla, y que desde entonces se designó con el nombre de *Caballito de Troya*.

La plaza apenas podía contener tantos curiosos, con ser grande y espaciosa. Allí se codeaban el inquisidor y el alguacil, el

abogado y el doctor de la Universidad, que hacían poderosos esfuerzos para entrar al Palacio, donde tenían balcón apartado. En medio de la multitud se estrujaban el criollo, el peninsular, el mestizo, el indio y el mulato; la dama de mantilla y la criada de rebozo; el fraile de sombrero acanalado y el estudiante con su beca, alegre y decididor; el lépero ensabanado y el lujoso alabardero de la guardia con su uniforme bordado, tieso y erguido.

A las ocho y cuarto de la mañana un rumor inmenso se oyó entre aquella multitud, que apenas podían mantener en orden las muchas tropas de la guarnición y las que vinieron de Puebla y Toluca. El Virrey apareció en el balcón principal de Palacio, y á una señal suya, que hizo agitando su pañuelo, el velo que cubría la estatua se descorrió en medio de los gritos del pueblo, de las salvas de la infantería, de los cañonazos y del sonoro y alegre repique de las campanas.

En seguida el gozo del pueblo llegó al delirio, cuando el Virrey y su esposa arrojaron desde el balcón en que se hallaban, tres mil medallas de plata y de bronce, grabadas por D. Gerónimo Gil. En el anverso de estas medallas conmemorativas, junto con los bustos de los reyes, se leía:

CAROLO. IV. ET. ALOYSIAE. HISPAN. ET. IND. RR. AA.
MARCH. DE BRANCIFORTE. NOV. HISPAN. PRO-REX
C. F. ET. D. MEX. AN. 1796.

Y en el reverso con la estatua ecuestre:

CAROLO IV.
P. I. O. B. E. N. E. F.
HISPAN. ET. IND. REGI.
MICH. LA. GRUA.
MARCH. DE. BRANCIFORTE.
NOV. HISP. PRO REY.
SVÆ. MEXICANÆ. QVE FIDELI.
H. M. P.

Dichas medallas están muy bien acuñadas y se buscan hoy con empeño por los curiosos y los viajeros que visitan á nuestro país.

Por último, en el pedestal de la estatua y con letras de bronce dorado, se colocó la siguiente inscripción en castellano, "que se dijo haber compuesto el mismo Virrey," según refiere D. Carlos María de Bustamante en el *Suplemento* á la obra del P. Cabo, decía así:

A. CARLOS. IV.
EL. BENEFICO. EL. RELIGIOSO.
REY.
DE. ESPAÑA. Y. DE. LAS. INDIAS.
ERIGIO. Y. DEDICO.
ESTA. ESTATUA.
PERENNE. MONUMENTO. DE. SV. FIDELIDAD.
Y. DE. LA. QVE. ANIMA.
A. TODOS. ESTOS. SUS. AMANTES. VASALLOS.
MIGUEL. LA. GRUA.
MARQUES. DE. BRANCIFORTE.
VIREY. DE. ESTA. N. ESPAÑA.
AÑO. DE. 1796.

Acto continuo, pasó toda la comitiva á la Catedral, donde el Arzobispo cantó misa de Pontifical y predicó el Canónigo Beristáin un sermón que fué conocido popularmente por el SERMÓN DEL CABALLITO.

Las fiestas duraron tres días, y solamente en la plaza y los edificios cercanos se encendieron 21,660 luces, sin contar las que había en la Catedral. He aquí la curiosa noticia que á este respecto nos proporciona D. Francisco Sedano:

Luces para la iluminación de los tres días de las funciones de la noche. La estatua en el pedestal.	1,080
Letrero que la rodeaba.	1,300
Arcos que rodeaban el cerco de la plaza.	9,280
Real Palacio.	1,800
Portal de las Flores.	1,000
Casas del Ayuntamiento de la ciudad.	2,400
Parián, por los cuatro lados.	4,800
	<hr/>
	21,660

"En la plaza que se formó detrás del Hospicio de Pobres— prosigue Sedano—á la entrada del Paseo Nuevo (donde ahora se está haciendo el Hospicio para acrecentarlo) se jugaron toros los días 13, 14, 15, 16, 19, 20, 22 y 23 de dicho Diciembre de 1796, habiendo precedido los ensayos en otra plaza que se puso cercana, en los días 27, 28, 29 y 30 de Noviembre, sólo por la tarde. La descripción impresa (¿de las fiestas?) se envió á Su Majestad el 30 del mismo Diciembre y se dió al público el día 31."

(También se publicó entonces una "Vista de la Plaza de México nuevamente adornada para la estatua ecuestre de nuestro augusto monarca reinante Carlos IV, que se colocó en ella el 9 de Diciembre de 1796, cumpleaños de la reina nuestra señora María Luisa de Borbón, su amada esposa, por Miguel la Grúa, marqués de Branciforte, virrey de Nueva España, quien solicitó y logró de la Real Clemencia, erigir este monumento *para desahogo* de su gratitud y consuelo general de todo este reino, é hizo grabar esta estampa, en nuevo testimonio de su fidelidad, amor y respeto." Puede verse una reproducción en el tomo II, pág. 889 de la obra *México á través de los siglos*.—Citamos esta curiosa estampa, que apareció en 1797, por haber sido dibujada por D. Rafael Jimeno, director de pintura en la Academia de San Carlos, y grabada por D. Joaquín Fabregat, profesor de grabado en el mismo plantel).

No tuvo, empero, el gusto de ver terminado del todo aquel monumento su iniciador, D. Miguel de la Grúa, pues no se concluyó la estatua de bronce sino hasta algunos años después, en tiempo del gobierno de D. José de Iturrigaray.

El molde de la estatua lo hizo D. Manuel Tolsa, y los hornos para fundirla se pusieron en la huerta del Colegio de San Gregorio, bajo la dirección de D. Santos de la Vega. Los hornos se cargaron con 600 quintales de bronce (una de las inscripciones que actualmente se lee en el pedestal, dice que 450), el 2 de Agosto de 1802 se les puso fuego; fueron abiertos los conductos

á las seis de la mañana del día 4, "y el fluído corrió cinco minutos para cubrir el molde."

"Dos caballos mexicanos—dice Bustamante—sirvieron de modelo para la construcción de la estatua; para la provisional uno de la raza (sic) del marqués del Xaral, en San Luis Potosí, y para la de bronce uno de Puebla."

En pulir y limpiar la estatua se emplearon catorce meses, y el 19 de Noviembre de 1803, colocada "en un carro de madera, con ruedas de bronce," salió "por la puerta del puente del Cuervo, caminó por la calle de Chiconautla á la esquina de la calle del Reloj, y por toda ésta hasta la plaza, donde llegó el día 23. Rodada por encima de planchas de cedro puestas al nivel, tirada de dos tornos ó aparejos reales, con mucho cuidado y lentitud. Caminó del Puente del Cuervo á la plaza 1,250 varas medidas por un agrimensor curioso. El día 28 se elevó y quedó colgada (esta operación se hizo en el corto espacio de siete minutos), el 29 se colocó y afianzó en su lugar quedando cubierta."

La nueva estatua se inauguró siete años exactos después de colocada la de madera, el 9 de Diciembre de 1803, con semejantes fiestas á las de 1796: iluminaciones, corridas de toros, comedias, banquetes, repiques y salvas de artillería. Lo que hubo de notable fué que el Arzobispo vistió á doscientos niños pobres, dándoles además un peso á cada uno.

En la tarde del mismo día 9, el Oidor Mier, les dió un banquete, "los llevó al paseo en compañía de su esposa Doña Ana María Iraeta (señora de notorias virtudes), y ésta les regaló un tejo de oro del peso de quince marcos. El Canónigo D. José Mariano Beristáin, convidó á un certamen literario, en el que se presentaron varias poesías é inscripciones en loor de Carlos IV, y del artífice D. Manuel Tolsa: sus autores fueron premiados con cincuenta pesos....."

En esta célebre inauguración se encontró el famoso Barón de Humboldt, que como es sabido, se encontraba entonces en México.

La estatua permaneció así hasta el año de 1822, en el que con-

siderándose que era impropio conservar ese monumento, se resolvió quitarle los adornos y el balaustrado. Las cuatro grandes puertas de fierro fueron trasladadas á la Alameda, y después á Chapultepec, donde hoy existen. La estatua se cubrió con un globo pintado de azul, y de esta manera estuvo oculta hasta 1824 en que se llevó al patio de la Universidad, y de este sitio se quitó en Septiembre de 1852 para ser colocada en el lugar que ahora ocupa.

La primera translación fué hecha por un arquitecto llamado Brey, á quien pagó el Ayuntamiento la cantidad de 851 pesos 4 reales por los gastos de bajada, transporte y colocación, y la última translación fué dirigida por D. Lorenzo Hidalga; duró más de 15 días y costó cerca de 15,000 pesos.

"En el pedestal donde hoy se levanta la famosa estatua—dice el Sr. Galindo y Villa—están incrustadas dos placas de mármol de Carrara, ligeramente veteadas de azul, y de 2 m. 6 de largo, por 0 m. 84 cada una. En ellas, respectivamente, con letras de alto relieve, se leen estas inscripciones:

Al Oriente:

EL VIRREY D. MIGUEL DE LA GRÚA TALAMANCA
MARQUÉS DE BRANCIFORTE
QUE GOBERNÓ LA NUEVA ESPAÑA DESDE 1794 HASTA 1798
MANDÓ HACER ESTA ESTATUA
DE CARLOS IV DE BORBÓN, REY DE ESPAÑA É INDIAS
LA CUAL FUÉ COLOCADA EN LA PLAZA MAYOR DE MÉXICO
EL DÍA 9 DE DICIEMBRE DE 1803, CUMPLEAÑOS
DE LA REINA MARÍA LUISA
SIENDO VIRREY D. JOSÉ DE ITURRIGARAY.

MÉXICO LA CONSERVA COMO UN MONUMENTO DE ARTE.

Al Poniente:

EL DÍA 4 DE AGOSTO DE 1802
 FUÉ FUNDIDA Y VACIADA ESTA ESTATUA EN MÉXICO
 EN UNA SOLA OPERACIÓN CON EL PESO DE 450 QUINTALES
 POR EL DIRECTOR DE ESCULTURA DE LA ACADEMIA D. MANUEL TOLSA
 QUIEN LA PULIÓ Y CINCELÓ EN CATORCE MESES Y EN 1852
 SIENDO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEXICANA D. MARIANO ARISTA,
 Y PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO DE MÉXICO
 D. MIGUEL LERDO DE TEJADA.
 SE CONCLUYÓ Y COLOCÓ EN ESTE SITIO.

Estas dos lápidas se pusieron en el lugar en que se encuentran, el año de 1863."

México conserva este monumento, como dice la primera de las inscripciones copiadas, por recuerdo artístico, no como tributo al personaje que representa, pues Carlos IV fué entre los monarcas españoles, el que menos se hizo acreedor á una estatua.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

LA CALLE DEL PUENTE DE ALVARADO.

El origen del nombre de la calle que ocupa hoy nuestra atención, data de los primeros años de la Conquista. La tradición se refería por los mismos conquistadores, y después fué arraigándose de tal modo, que unánimemente, poetas y cronistas, la repitieron por más de tres centurias, teniendo por una verdad incontrovertible lo que no fué sino falsa leyenda. El caso no es único ni excepcional. La historia abunda en muchos sucesos fabulosos; pero principalmente la Historia de la Conquista de México está llena de cuentos y consejas. Falso es, entre otras cosas, que Cortés quemara sus naves; falso también que llorara bajo el famoso ahuehuete de Popotla, y falsísimo que Motecuhzoma sucumbiera víctima de una pedrada. Cortés barrenó las naves, no tuvo tiempo de derramar lágrimas en su fuga de la ciudad, y antes de abandonarla ordenó la muerte de Motecuhzoma.

Dice la leyenda que en la célebre retirada de los españoles, Pedro de Alvarado, al llegar á la tercera cortadura de la calzada de Tlacopan "clavó su lanza en los objetos que asomaban sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible y de un salto salvó el foso."

Hecho tan inexacto como admirable impuso el nombre á una de nuestras principales avenidas, que todavía se llama "del